

CAPITULO IV.

Del pueblo de Guanica, é por qué se despobló é se hizo otro que se llamó *Sotomayor*, é del levantamiento é rebelion de los indios, é cómo mataron la mitad de los chripstianos que avia en la isla de Sanct Johan, y del esfuerço é cosas haçañosas del capitan Diego de Salaçar.

Entrante el año de mill é quinientos é diez años fué la gente que don Chripsthóbal de Soto Mayor llevó é otros que pasaron desde aquesta Isla Española á la de Sanct Johan, é hicieron un pueblo que se dixo *Guanica* que es quassi al cabo de la isla, donde está una bahía que se cree que es una de las mejores que hay en el mundo: é desde allí descubrieron cinco rios de oro, á cinco leguas del pueblo de Guanica, llamados *Duyey*, *Horomico*, *Icau*, *In*, y *Quiminen*. Pero en este pueblo ovo tantos mosquitos que fueron parte muy bastante para lo despoblar, é passóse aquella gente é veçinos al *Aguada* que se diçe, al hues-norueste, é llamaron á este otro nuevo pueblo ó asiento *Sotomayor*. Y estando en este pueblo, se alçaron los indios de la isla un viernes quassi al principio del año mill é quinientos é onze, estando los indios é los chripstianos en mucha paz, é tuvieron aquesta forma para su rebelion. Ellos vieron que los chripstianos estaban deramados por la isla, é assi cada caçique mató los que dellos estaban en su casa ó tierra; por manera que en un mesmo tiempo mataron ochenta chripstianos ó mas. Y el caçique Agueybana, que tambien se decia don Cripsthóbal, como mas principal de todos, mandó á otro caçique dicho Guarionex, que fuesse por capitan é recogiesse los caçiques todos é fuessen á quemar el pueblo nuevo llamado *Sotomayor*. Y para esto se juntaron mas de tres mill indios; y cómo todo lo de alrededor del pueblo hasta él eran arcabucos y montes çerrados de arboledas, no fue-

ron sentidos hasta que dieron en la villa, puesto que un indio niño los vido é lo dixo; pero no fué creydo. É assi cómo dieron de súbito ovieron lugar de pegar fuego al pueblo é mataron algunos chripstianos, é no quedára ninguno con la vida, si no fuera por un hidalgo que en aquella villa vivia llamado Diego de Salaçar: el qual demas de ser muy devoto de la Madre de Dios y de honesta vida, era muy animoso hombre y de grande esfuerço. Y cómo vido la cosa en tan mal estado é á punto de se perder todos los chripstianos que quedaban allí, los acaudilló é puso tan buen coraçon en los que estaban ya quassi vençidos, que por su denuedo é buenas palabras, los esfuerço é persuadió á que con gran ímpetu é osadia, como varones, se pusiesen á la resistencia; é assi lo hicieron, y pelearon él y ellos contra la multitud de los enemigos, de tal manera que los resistió, é como valeroso capitan á vista de los contrarios, recogió toda la gente de los chripstianos que avian quedado é los llevó á la villa de Caparra, donde estaba el capitan Johan Ponçe de Leon, que como he dicho ya era gobernador de la isla: é todos los que allí fueron, dixeron que despues de Dios, Diego de Salaçar les avia dado las vidas. Quedó desto tanto espanto en todos los indios, y en tanta reputaçion con ellos la persona de Diego de Salaçar, que le temian como al fuego, porque en ninguna manera podian creer que oviesse hombre en el mundo tan digno de ser temido. Verdad es que antes desto ya el mesmo Diego de Salaçar

avia hecho otra experiència de su persona con los indios, é tan grande que si ellos pensáran hallarle en la villa de Sotomayor, no osáran yr allá, aunque como he dicho eran mas de tres mill. Pero porque passemos á lo demas, pues se ha tocado del esfuerço é persona deste hidalgo, diré otro caso muy señalado dél, donde ovo principio la reputaçion é concepto en que los indios le tenian é porqué le temian, é fué esta la causa. Un caçique que se decia del Aymanio tomó á un mançebo chripstiano, hijo de un Pedro Xuarez de la Cámara, natural de Medina del Campo, é atólo, é mandó que su gente lo jugasen al batey (que es el juego de la pelota de los indios), é que jugado, los vençedores lo matassen. Esto seria hasta tres meses antes de lo que tengo dicho que hicieron en la poblacion de la villa de Sotomayor; y en tanto que comian los indios, para despues en la tarde haçer su juego de pelota, como lo tenian acordado sobre la vida del pobre mançebo, escapóse un muchacho, indio naboria del preso Pedro Xuarez, é fuesse huyendo á la tierra del caçique de Guarionex, donde en esta saçon estaba Diego de Salaçar: é cómo el muchacho lloraba, pesándole del trabaxo é muerte en que dexaba á su señor, el Salaçar le preguntó que dónde estaba su amo, y el indio le dixo lo que passaba: é luego el Salaçar se determinó de yr allá á morir ó salvarle, si pudiesse; mas el muchacho temiendo no quería volver ni guiarle. Entonçes Diego de Salaçar le amenazó é dixo que lo mataria, si no yba con él y le enseñaba donde tenian los indios á su amo; de manera que ovo de yr con él, é llegado çerca de donde estaban, esperó tiempo para que no le viessen hasta que diesse en los indios. Y entró en un caney ó buhío redondo, á donde estaba atado el Xuarez, esperando que acabassen los indios de comer para lo jugar, é ju-

gado lo matar; y prestamente Diego de Salaçar le cortó las ligaduras con que estaba atado, é díxole: «Sed hombre é haçed como yo.» É començó á dar por medio de trescientos indios gandules ó mas, con una espada é una rodela, matando é hiriendo con tan gentil osadia y efeto, como si tuviera allí otros tantos chripstianos en su favor, é hizo tanto estrago en los indios, que aunque eran hombres de guerra, á mal de su grado le dexaron yr con el dicho Xuarez; porque como Diego de Salaçar hirió muy mal á un capitan de la mesma casa, donde questo passó, los otros desmayaron en tanta manera que el Salaçar y el Xuarez salieron de entre ellos, segund es dicho. Y despues que estuvo bien apartado de los contrarios enviaron tras él mensajeros, rogándole que quisiesse volver, porque le querian mucho por ser tan valiente hombre, é que le querian contentar é servir en quanto pudiesen. El qual, oyda la embaxada, aunque de gente tan bárbara é salvaje, determinó de volver á saber qué le querian los indios; mas el compañero, como hombre que en tal trançe é tan al cabo de la vida se avia visto, no era de paresçer que volviessen: antes se hincó de rodillas delante de Diego de Salaçar é le pidió é rogó que por amor de Dios no tornasse, pues sabia que eran tantos indios, y ellos dos solos no podian sino morir, é que aquello era ya tentar á Dios y no esfuerço ni cosa de se haçer. É Diego de Salaçar le respondió é dixo. «Mirad, Xuarez, si vos no quereys volver conmigo ydos en buen hora que en salvo estays; mas yo tengo de volver é ver que quieren estos indios, y no han de pensar que por su temor lo dexo.» Entonçes el Xuarez no pudo haçer otra cosa sino tornar con él, aunque de mala voluntad; pero cómo era hombre de bien é tenia la vida por causa del Salaçar, acordó de le seguir é la tornar á

peligro, en compañía de tan osado varón é que también meneaba el espada. Y tornaron juntos, é hallaron muy mal herido al capitán de los indios; é Diego de Salazar le preguntó qué quería, y el capitán ó cacique le dixo que le rogaba que le diese su nombre é que con su voluntad oviesse por bien que le llamasen Salazar como á él, é que quería ser su amigo perpétuo, é le quería mucho: é Diego de Salazar dixo que le plaçia que se llamasse Salazar, como él. É assi luego sus indios le començaron á llamar *Salazar*, *Salazar*; como si por este consentimiento se le invistiera la mesma habilidad y esfuerço del Diego de Salazar. É para principio desta amistad é por la merced que se le haçia, en dexarle de su grado tomar su nombre, le dió quatro naborias ó esclavos que le sirviessen é otras joyas é preseas, y se fueron en paz con ellas los dos chripstianos. Desde entonçes fué tan temido de los indios Diego de Salazar que, quando algund chripstiano los amenaçaba, respondian. «Piensas tú que te tengo de temer, como si fuesses Salazar.»

Viendo pues Johan Ponçe de Leon, que gobernaba la isla, lo que este hidalgo avia hecho en estas dos cosas tan señaladas que he dicho, le hiço capitán entre los otros chripstianos é hidalgos que debaxo

de su gobernación militaban, y otros fueron mudados; é aunque despues ovo mudanças de gobernadores, siempre Diego de Salazar fue capitán é tuvo cargo de gente hasta que murió del mal de las buas. É aunque estaba muy doliente, lo llevaban con toda su enfermedad en el campo, é dó quiera que yban á pelear contra los indios; porque de hecho pensaban los indios, que ni los chripstianos podian ser vencidos ni ellos vencer dónde el capitán Diego de Salazar se hallasse, é lo primero de que se informaban con toda diligencia era saber si yba con los chripstianos este capitán. En la verdad fue persona, segund lo que á testigos fidedignos y de vista yo he oydo, para le tener en mucho; porque demas de ser hombre de grandes fuerças y esfuerço, era en sus cosas muy comedido é bien criado é para ser estimado do quiera que hombres oviesse, é todos le loan de muy devoto de Nuestra Señora. Murió despues de aquel trabajoso mal que he dicho, haçiendo una señalada é paçiente penitencia, segund de todo esto fuy informado en parte del mesmo Johan Ponçe de Leon y de Pero Lopez Angulo y de otros caballeros é hidalgos que se hallaron presentes en la isla, en la mesma saçon que estas cosas passaron, y aun les cupo parte destes é otros muchos trabajos.

CAPITULO V.

Que tracta de la muerte de don Chripstóbal de Sotomayor é otros chripstianos; é cómo escapó Johan González, la lengua, con quatro heridas muy grandes, é lo que anduvo assi herido en una noche, sin se curar, é otras cosas tocantes al discurso de la historia.

Tornando á la historia del levantamiento de los indios, digo que despues que los principales dellos se confederaron para su rebelion, cupo al cacique Agueybana, que era el mayor señor de la isla, de matar á don Chripstóbal de Sotoma-

yor, su amo, á quien el mesmo cacique servia y estaba encomendado por reparatimiento, segund tengo dicho, en la casa del qual estaba; y jugaronlo á la pelota ó juego que ellos llaman del batey, que es lo mesmo. É una hermana del cacique

que tenia don Chripstóbal por amiga, le avisó é le dixo: «Señor, véte de aquí: que este mi hermano es bellaco y te quiere matar.» Y una lengua que don Chripstóbal tenia, llamado Johan González, se desnudó una noche é se embixó ó pintó de aquella unçion colorada que se dixo en el libro VIII, capítulo VI, que los indios llaman bixa, con que se pintan para yr á pelear, ó para los areyos y cantares y quando quieren parecer bien. É cómo el Johan González venia desnudo é pintado y era de noche y se entró entre los que cantaban en el corro del areyto, vió é oyó cómo cantaban la muerte del don Chripstóbal de Sotomayor é de los chripstianos que con él estaban; é salido del cantar, quando vido tiempo y le paresció, avisó á don Chripstóbal é díxole la maldad de los indios é lo que avian cantado en el areyto é tenían acordado. El qual tuvo tan mal acuerdo, que como no avia dado crédito á la india caçica, tampoco creyó al Johan González: la qual lengua le dixo: «Señor, esta noche nos podemos yr, é mirad que os va la vida en ello: que yo os llevaré por donde no nos hallen.» Pero cómo su fin era llegado, no lo quiso haçer. Con todo esso, assi como otro dia amanesció, estimulado su ánimo é como sospechoso, acordó de se yr; mas ya era sin tiempo: é dixo al cacique que él se quería yr donde estaba el gobernador Johan Ponçe de Leon, y él dixo que fuesse en buena hora, y mandó luego venir indios que fuessen con él y le llevassen las cargas é su ropa, é dióselos bien instrutos de lo que avian de haçer; é mandóles que quando viessen su gente, se alçasen con el hato é lo que llevaban, é fue assi: que despues de ser partido don Chripstóbal, salió tras él el mismo cacique con gente, é alcançóle una legua de allí de su asiento, en un rio que se diçe *Cauyo*. É antes que á él llegassen, alcançaron al Johan González, la lengua,

TOMO I.

é tomaronle la espada é diéronle ciertas heridas grandes, é queríanle acabar de matar; é cómo llegó luego Agueybana, dixo la lengua, en el lenguaje de los indios: «Señor, ¿por qué me mandas matar? Yo te serviré é seré tu naboria:» y entonçes dixo el cacique: «Adelante, adelante, á mi *datihao* (que quiere decir mi señor, ó el que, como yo, se nombra), dexa ese bellaco.» É assi le dexaron, pero con tres heridas grandes é peligrosas, y passaron y mataron á don Chripstóbal é á los otros chripstianos que yban con él (que eran otros quatro), á macanaços; quiero decir con aquellas macanas que usan por armas, é flechándolos. É hecho aquesto, volvieron atras para acabar de matar al Johan González, la lengua; pero él se avia subido en un árbol é vido cómo le andaban buscando por el rastro de la sangre, é no quiso Dios que le viesse ni hallassen; porque cómo la tierra es muy espessa de arboledas y ramas, y él se avia desviado del camino y emboscado, se escapó desta manera. É fuera muy grande mal si este Johan González allí muriera, porque era grande lengua: el qual, despues que fue de noche, baxó del árbol é anduvo tanto que atravesó la sierra de Xacagua, é créese que guiado por Dios ó por el ángel, é con favor suyo, tuvo esfuerço é vida para ello, segund yba mal herido. Finalmente él salió á Coa, que era una estancia del rey; pero él creia que era el Otua, donde pensaba que lo avian de matar, porque era tierra alçada é de lo que estaba rebelado; pero su estimativa era hija de su miedo con que yba; é avia andado quinze leguas mas de lo que se pensaba. É como allí avia chripstianos, viéronle; y él estaba ya tal é tan dessangrado y enflaquecido, que sin vista cayó en tierra. Pero cómo le vieron tal, socorriéronle con darle algo que comió y bebió y cobró algund esfuerço é vigor, é pudo hablar,

60

aunque con pena, é dixo lo que avia pasado. É luego hicieron mandado al capitán Johan Ponçe, notificándole todo lo que es dicho: el qual luego aperçibió su gente para castigar los indios y haçerles la guerra. En la qual saçon llegó el Diego de Salaçar con la gente que avia escapado con él, segund se dixo en el capítulo de suso. É luego Johan Ponçe envió al capitán Miguel de Toro con quarenta hombres á bus-

CAPITULO VI.

De los primeros capitanes que ovo en la conquista é paçificación de la isla de Boriquen, que agora se llama isla de Sanct Johan.

Tornando Miguel de Toro é los quarenta chripstianos que con él fueron á enterrar á don Chripstóbal y á los otros quatro españoles que con él fueron muertos, el gobernador Johan Ponçe entendió en ordenar su gente y estar en vela, para se defender con los pocos chripstianos que avian quedado, en tanto que era socorrido é le yba gente desde aquesta Isla Española, para lo qual hiço tres capitanes. El primero fue Miguel de Toro, de quien he dicho de suso: el qual era hombre reço é para mucho, é avia seydo armado caballero por el Rey Cathólico (puesto que él era de baxa sangre), porque en la Tierra-Firme avia muy bien probado como valiente hombre, é con su esfuerço avia honrado su persona, en compañía del capitán Alonso de Hojeda. El otro capitán que Johan Ponçe hizo fue Diego de Salaçar, de quien es fecha mençion en el capítulo de suso. El terçero capitán fue Luys de Almanza. A estos tres capitanes fueron consinados cada treynta hombres, é los mas dellos coxos y enfermos; pero sacaban uerças y esfuerço de su flaqueça, porque no tenían otro remedio sino el de

car á don Chripstóbal, al qual hallaron enterrado (porque el caçique le mandó enterrar) y tan somero ó mal cubierto que tenía los piés de fuera. Y este capitán é los que con él yban hicieron una sepultura, en que lo enterraron bien, é pusieron á par della una cruz alta é grande. É aqueste fue el principio é causa de la guerra contra Agueybana é los otros indios de la isla de Boriquen, llamada ahora Sanct Johan.

Dios y de sus manos; acordándose de aquella grave sentençia de Séneca ¹ donde diçe «que es locura temer lo que no se puede excusar.» *Stultum est timere quod vitare non possis.* Avian pues muertos los indios la mitad de los chripstianos, como ya tengo dicho, ó los mas é la mas luçida gente: é con los que quedaban, que podrian ser çiento por todos, Johan Ponçe siempre se hallaba con ellos, y de los delanteros; porque era hombre animoso é avisado é solícito en las cosas de la guerra; é traia por su capitán general y teniente é por su alcalde mayor á un hidalgo, llamado Johan Gil. É assi lo fue despues de su gobernación, hasta que la isla fue paçificada, é sirvió muy bien; porque aun despues de passada la guerra de la isla de Sanct Johan, á su costa la haçia á los caribes de las otras islas comarcanas, que son muchas, é los puso en mucha neççessidad; en tal manera que no se podian valer con él y le temian mucho. En este exerçio de los caribes traia consigo por capitanes á Johan de Leon, hombre diestro en las cosas de la mar y en la tierra, y en las cosas de la guerra, de buen saber y gentil ánimo. Y

¹ In libro de remediis fortuitorum.

el otro capitán que traia el teniente Johan Gil era un Johan Lopez, adalid, y otros hombres de bien de los que avian quedado de la guerra de Sanct Johan, que por

ser diestros y de buen ánimo, dó quiera que se hallaban, haçian muy bien lo que convenia al exerçio de la conquista de los caribes, en la mar y en la tierra.

CAPITULO VII.

Que tracta de algunas personas señaladas por su esfuerço, y de algunas cosas á esto conçernientes en la guerra é conquista de la isla de Sanct Johan.

Parésçeme muy digno de culpa el escriptor que olvida ó dexa de decir algunas cosas particulares de la calidad de las que en este capítulo se escrebirán; porque aunque el principal intento de la historia sea endereçado á otro fin, en espeçial en esta, que es haçer principal memoria de los secretos é cosas que la natura produçe en estas nuestras Indias naturalmente, tambien consuena con el título de llamarla *general historia* recontar los méritos de los conquistadores destas partes, porque á lo menos, si quedaron sin galardón ó pago de sus trabaxos y méritos, no les falte por culpa de mi pluma é pigricia la memoria de que fueron é son muy dignos sus hechos, porque en la verdad es mejor satisfacion que otras; y en mas se debe tener lo que se escribe, en loor de los que bien vivieron é acabaron como buenos é valerosos, que quantos bienes les pudo dar ó quitar fortuna. É porque de mi parte no quede en silencio algo desto, digo que ovo muchos hidalgos é valerosas personas que se hallaron en la conquista de la isla de Boriquen, que agora se llama Sanct Johan. Y no digo muchos en número, pues que todos ellos eran poca gente; pero porque en essa poca cantidad de hombres los mas dellos fueron muy varones y de grandíssimo ánimo y esfuerço. Rara cosa y presçioso don de la natura, y no vista en otra nación alguna tan copiosa y generalmente conçedida como á la gente española; porque en Italia, Fran-

cia y en los mas reynos del mundo solamente los nobles y caballeros son espeçial ó naturalmente exerçitados é dedicados á la guerra, ó los inclinados é dispuestos para ella; y las otras gentes populares é los que son dados á las artes mecánicas é á la agricultura é gente plebea, pocos dellos son los que se ocupan en las armas ó las quieren entre los extraños. Pero en nuestra nación española no paresçe sino que comunmente todos los hombres della nascieron principal y espeçialmente dedicados á las armas y á su exerçio, y les son ellas é la guerra tan apropiada cosa, que todo lo demas les es açessorio, é de todo se desocupan de grado para la milicia. Y desta causa, aunque pocos en número, siempre han hecho los conquistadores españoles en estas partes lo que no pudieran aver hecho ni acabado muchos de otras naciones.

Ovo pues en aquella conquista un Sebastian Alonso de Niebla, hombre labrador, y que en España nunca hizo sino arar é cavar é las otras cosas semejantes á la labor del campo: el qual fué varón animoso, reço, suelto, pero robusto, é junto con su robustiçidad que en sí mostraba á prima vista en su semblante, era tractado de buena conversacion. Este salió muy grande adalid, y osaba acometer y emprendia cosas, que aunque paresçian dificultosas y ásperas, salia con ellas victorioso. É cómo era hombre muy suelto y gran corredor atreviásse á lo que otros no hiçieran, porque